

Capítulo V

Sobre la necesidad de los dones del Espíritu Santo para la adquisición y ejercicio perseverante de las virtudes

Mientras la vida humana transcurre revestida con esta naturaleza mortal, todo hombre, instruido por los oráculos de la Sagrada Escritura y por la comprobación de la experiencia, así como por estar dotado de razón y adornado con el don de juzgar rectamente, conoce perfectamente que una vida así es milicia en la tierra. Pero aunque el entendimiento humano sea capaz de conocer la verdad, de ningún modo podré obrar según ella sin la acción del don del Espíritu Santo. Así lo declara el Apóstol: «No que seamos capaces de pensar algo como propio, sino que nuestra suficiencia viene de Dios» (2 Co 3,5). Y en otro lugar dice: «No del que quiere o del que se apresura, sino de quien Dios tiene misericordia» (Rm 9,16).

En efecto ¿a cuántos hemos conocido, dotados de ingenio natural, gestionado con prudente consejo los negocios de las cosas terrenas, presidiendo los gobiernos de las ciudades, previendo los peligros de su república, ofreciendo consejos saludables a los reyes y a los príncipes de las provincias, y estar, sin embargo, vagando por los abruptos precipicios de los vicios sin temor de Dios? ¿A cuántos vemos a diario que conocen al dedillo la ciencia secular, reflexionan de modo admirable en el arcano de su corazón sobre las gestas de los antiguos, hablan y escriben en abundancia, hacen publicaciones eruditas, y, sin embargo, por estar hinchados del espíritu de la soberbia, se han alejado de los caminos de la verdad? El apóstol Pablo atestigua que el reino de Dios no está en la palabrería, sino en el poder (cfr. 1 Co 4,20).

El mismo apóstol asevera que la ciencia por sí misma, sin la caridad, hincha, y que sólo la caridad edifica. Pero la caridad no se adquiere por propio esfuerzo, ni se percibe por industria humana, ni se da a los que a su antojo desean tenerla, sino que se concede por un don divino y gratuito. Así lo dice el Apóstol: «Conscientes de que la tribulación produce la paciencia; la paciencia, la prueba; y la prueba, la esperanza; esperanza que no falla, pues la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5,3-5). No se obtiene por la fuerza, dice, ni se produce a solicitud del hombre, sino que se difunde desde lo alto en los corazones de los elegidos; y esto, siempre que le place al mismo Espíritu que, según dice el Señor, «sopla donde quiere y se oye su voz, pero se ignora de dónde viene o a dónde va» (Jn 3,8). Este Espíritu Santo, al igual que poderoso en obras, eficaz en palabras y de ferviente amor, está pronto para consolar, diligente para exhortar y generoso para comunicarse. Atiende a lo que dice el Apóstol sobre este Espíritu y su comunicación: «A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro poder de milagros; a otro profecía; a otro discreción de espíritus; a otro diversidad de lenguas y a otro don de interpretarlas» (1 Co 12,8-10). Pero todas estas cosas las obra su único y mismo Espíritu, dándoselas a cada uno según quiere. Y, por su clemencia inefable, no sólo concede dones a los fieles, sino que también coopera con quienes tienen dominio en palabras, trabajos, obras y pensamientos, y en ensanchar y perfeccionar la virtud.

¿Quién dio a los santos mártires y a los testigos de la verdad una paciencia tan fuerte para despreciar la prosperidad de este mundo, para rechazar y repartir todas las riquezas, despreciar las amenazas de los príncipes de este siglo, preferir los tormentos del fuego, de las bestias, de la

cárcel, el destierro, la calumnia, los azotes, el potro y el descoyuntamiento de sus miembros; quién les dio esa paciencia, sino el mismo Espíritu del que estamos hablando? ¿De qué fuente brotó la presciencia de las cosas futuras revelada a los profetas, o los misterios de los dichos divinos como corrientes de sabiduría llenas de dulzura y los alegres gozos de la Jerusalén de arriba contados a los fieles por los santos doctores de la Iglesia? ¿Acaso no brotaron de aquel, de quien se escribe en el libro de la Sabiduría: «El Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra y él, que lo contiene todo, es sabedor de lo que habla» (Sb 1,7)?

El es el artífice de todo, ya que lo puede todo y lo ve todo. Quien quiere tener una lengua erudita, quien quiere entender los sacramentos que están ocultos en las Sagradas Escrituras, que implore el auxilio de este Espíritu sustentador. En él, y no en otro sitio, es donde ha de esperar obtener el don de la sabiduría por el que pueda gustar qué suave es el Señor y cuánta es su dulzura; dulzura que guarda para los que le temen con humildad y que manifiesta por el Espíritu a los que con rectitud esperan en él. El es quien da la capacidad de resistir en las adversidades y quien lleva el esfuerzo laborioso de las laudables virtudes hasta la palma de la perseverancia.

Tales virtudes son las que prueban al soldado de Cristo en la lucha, le dirigen en el estadio y le perfeccionan en la acción. Su práctica cotidiana es lo que hace al hombre perfecto. Y no llamo virtudes a las que se miden por el número de los soldados en lucha, o por la felicidad de las riquezas amontonadas o de cualquier otro bien temporal, o por la buena salud, fuerza y agilidad de los miembros; sino a las que se forman en la mente racional del hombre y llevan a su fin laudable las obras que exteriormente se empezaron y que interiormente se habían concebido. La virtud de que aquí se trata la han definido los sabios

como una cualidad buena de la mente, por la que se vive con bondad, de la que nadie se vale para el mal y que sólo Dios la crea en el hombre. Estas virtudes hacen del hombre un ser racional, diferenciándole totalmente de los demás animales. Mientras éstos sólo se guían por el sentido de la carne y se mueven por instinto natural, el hombre, amante de la virtud y cooperador de la gracia, se guía por la razón, se deja informar por la caridad, se alimenta gustando lo bueno y lo honesto, se declara la guerra también a sí mismo y lleva a cabo una larga lucha en la que no se puede dar la espalda al enemigo ni confiar en el propio valor. Lo primero que hay que hacer es abdicar de la confianza en sí mismo y reconocer sin tapujos la propia debilidad; confianza y debilidad propias, que aminoren las fuerzas para la lucha, quitan la esperanza y dan ánimos a los adversarios.

Por el contrario, quien sigue la virtud ha de refugiarse con su mente en Dios, pedir auxilio al cielo e implorar la fuerza de la perseverancia de quien inspecciona, ayuda, corona y da el premio en esta lucha. Escucha lo que dice y confiesa el profeta, y a quién anuncia: «Te amaré, Señor, mi fortaleza, mi roca y mi refugio. Mi Dios es mi libertador y mi ayuda, esperaré en él. Mi protector y cuerno de mi salvación. Con alabanzas invocaré al Señor y quedaré a salvo de mis enemigos» (Sal 17,3-4). De qué modo más bello, abierto y verdadero, este profeta –sin duda un hombre según el corazón de Dios– indica a los que aman la virtud a quién tienen que ver como su defensor, en quién deben esperar, en quién refugiarse y fiarse de su bondad. Ciertamente se fatiga en vano quien, para adquirir la virtud, se apresta al combate espiritual, sin la esperanza en la ayuda del cielo y sin la virtud de la humildad. Oigamos lo que dice el profeta antes citado cuando confiesa y alaba la bondad de Dios para con los padres de la antigua alianza: «Oh Dios, con nuestros oídos lo oí-

mos y nuestros padres nos contaron la obra que hiciste en sus días y en los días antiguos: tu mano desperdigó a las gentes y los plantaste a ellos, contuviste a los pueblos y a ellos los hiciste marchar. No fue por su espada por lo que poseyeron la tierra, y su espada no los salvó; sino tu diestra y tu brazo y la luz de tu rostro. Porque tenías en ellos tus complacencias» (Sal 43,2-4). Mire lo que dice sobre la humildad en este otro salmo: «Puesto que el Señor guarda a los pequeños, me humillé y me liberó» (Sal 114,6). Quien quiera triunfar de sus enemigos, ore con frecuencia en espíritu, y humillándose desconfíe de sus propias fuerzas.

Los adversarios que nos acechan son el diablo y la carne. No dejan nunca de atacarnos con sus insidias y de lanzarnos sus dardos. el apóstol Pedro, exhortando a sus fieles a la lucha, nos muestra lo grande que es la crueldad con que el diablo nos supera y trata de castigarnos: «Sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario ronda como león rugiente buscando a quién devorar. Resistidle fuertes en la fe» (1 P 5,8-9). Sobre la lucha de la carne contra el espíritu, el apóstol Pablo nos advierte diciendo: «La carne lucha contra el espíritu y el espíritu contra la carne para que no hagáis lo que queréis» (Ga 5,17). El mismo diablo y los espíritus malignos de sus ángeles son acérrimos luchadores, que nos atacan y, como leones rugientes, se esfuerzan por devorarnos y por arrastrarnos consigo al fuego de la gehenna. Están acostumbrados a la lucha e hinchada de envidia maligna; llenos de extrema maldad para hacer daño, se esfuerzan día y noche para apartarnos, si Dios lo permitiera, de la compañía de Cristo y de sus santos. Y todo esto lo hacen con sugerencias malignas, palabras lisonjeras, pensamientos peligrosos, lazos invisibles, falsas promesas, terrores inconsuetos y crueles amenazas.

Debemos resistirles virilmente y pertrecharnos con las

armas espirituales de las virtudes, según las exhortaciones del apóstol Pablo cuando dice: «Recibid, hermanos, la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y permanecer perfectos en todo. Tened ceñida vuestra cintura con la verdad, revestíos con la coraza de la justicia, calzaos con el celo del Evangelio de la paz, abrazando siempre el escudo de la fe con el que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno. Tomad el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es el Verbo de Dios, para toda oración y súplica, orando siempre y vigilando en el Espíritu» (Ef, 6,13-18).

Las ya citadas armas de las virtudes pueden también, con la ayuda de la gracia de Dios en nosotros y a nuestro favor, defendernos no sólo de las incursiones y tentaciones de los espíritus inmundos, sino también de las obscenas y perniciosas obras de la carne; las cuales, según el apóstol antes citado, «son fornicación, impureza, lujuria, servidumbre de los ídolos, hechicería, enemistades, discordias, rivalidades, iras, riñas, disensiones, sectarismos, envidias, homicidios, comilonas, borracheras y cosas parecidas, de las que os prevengo como ya os previne» (Ga 5,19-21). Estas cosas son el germen de todos los pecados, la ocasión de todos los vicios y el testimonio cierto de la condenación eterna de quienes las hacen. Apartan al alma de Dios, privan de la gracia, hacen perder los méritos, quitan el gusto de la dulzura divina, turban la quietud de la conciencia, alejan la esperanza del perdón, preparan el abismo de la desesperación, oscurecen la luz de la sabiduría, mancha las obras que en sí son buenas, separan al pecador de la unidad de los fieles, le convierten en hijo de la gehenna y le dejan fuera del reino de los cielos.

Los conocedores de Cristo, que crucifican la carne con sus vicios y concupiscencias, atenúan esas cosas con ayunos, las doman con trabajos y las machacan con vigiliass; las debilitan con el hambre, la sed, el frío y la desnudez,

las sacuden con el látigo de las virtudes y no dejan que sus concupiscencias les dominen. Finalmente, dado que por lo general este combate es fatigoso, larga la pelea y pocos los luchadores que quieran perseverar en el estadio de esta lucha espiritual, los que deseen salir vencedores deben, como hemos dicho arriba, implorar la ayuda divina, así como abdicar de la confianza en sus propias fuerzas, enemiga de las virtudes, dispersión de las gracias y contraria a la santa humildad.

Por lo demás, ya que según la exhortación del Señor es muy difícil cargar a diario con la cruz, negarse a sí mismo, calmar los atractivos de la carne, vencer los deseos ilícitos, refrenar los impulsos desordenados, llevar una vida casta, imitar los vestigios de los santos y andar en espíritu según el Espíritu; los que luchan por Cristo y con fe firme miran a los bienes futuros, no deben considerar como pesadas sino como leves aquellas cosas, con tal de conseguir los gozos eternos e invisibles que Dios preparó para los que le aman. Pues, según el Apóstol, «los padecimientos de este tiempo no tienen comparación con la gloria que se revelará en nosotros» (Rm 8,18). En efecto, a una gran fatiga corresponde directamente el mayor de los méritos. Por tanto quien se esfuerce por progresar de virtud en virtud, de ascender a la cima de la perfección y de ver a Dios con la pureza de su corazón, debe padecer hambre espiritual de virtudes, luchar siempre con la mente y el corazón y negarse a sí mismo denodada y audazmente.

Capítulo VI

Sobre la necesidad de una luz espiritual para alcanzar la pureza del corazón, y sobre su excelencia y efectos

Lo mismo que necesitan un guía los que andan de noche por parajes desconocidos o sendas difíciles, o caminos infectados de ladrones y llenos de peligros, de igual modo necesitan una luz los que peregrinan por sombras de muerte; es decir, por esta vida llena de tentaciones, de trampas espirituales, de tinieblas de ignorancia y donde acechan numerosos enemigos. No esa luz que se alimenta de materiales naturales para arder ni la que ilumina la tierra con el resplandor del sol, la luna o las estrellas, que se ve con los ojos corporales y que es común a las bestias, aves y hombres, sino la que se comunica a la criatura racional, se recibe por la fe y se percibe con la pureza de la mente; esa que infunde Dios gratuitamente y que por inspiración concede el Verbo desde arriba. Pues, según dice el apóstol Santiago, «toda dádiva buena y todo don perfecto descende desde arriba del Padre de las luces» (St 1,17). Al ser él luz y creador de la luz eterna, todo el que es verdaderamente iluminado recibe de él y no de otro el resplandor de la luz espiritual, no dejando a nadie fuera de participar en lo que hay en esa luz, según lo señala el apóstol Juan diciendo: «Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1,9).

No hay, pues, que acusar al iluminador si alguien carece de esa luz, sino al que la recibe o la rechaza; éste es quien se hace a sí mismo indigno de su santa compañía, por desviar de ella los ojos de su corazón y ocultarse en las tinieblas de los delitos, amando más esas tinieblas que la luz. Escucha lo que dice esa Luz: «Todo el que obra el

mal odia la luz, y no va a la luz para que no sean censuradas sus obras, porque son malas» (Jn 3,20). Pues al igual que los ojos enfermos del cuerpo no pueden soportar la luz visible, así el alma pecadora y hundida en la delectación de los pecados, no soporta la luz de la sabiduría divina, pues no puede captar el resplandor de sus rayos. Esto es lo que quiere indicar el apóstol Juan cuando dice: «Y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron» (Jn 1,5).

Por eso, quien quiera brillar con los esplendores de la sabiduría eterna, tiene que aborrecer las tinieblas de los crímenes, evitar las ocasiones de delinquir y rechazar la compañía de los inícuos. Debe purificar su corazón no sólo de los pensamientos perniciosos y nocivos sino también de los vanos e inútiles. La sabiduría está siempre presta para comunicarse a quienes la reclamen y se anticipa a todos con sus dones, excita con sus clamores y se adelanta con sus promesas. Así, se ha escrito de ella: «La sabiduría predice en los foros y alza su voz por las plazas, clama ante las muchedumbres y en los foros de las puertas de la ciudad pronuncia sus palabras, diciendo: ¿Hasta cuándo, imprudentes, odiaréis la ciencia? Convertíos con mi corrección. Voy a derramar mi espíritu sobre vosotros y a comunicaros mis palabras» (Pr 1,20-23). Y en el Evangelio dice a Jerusalén: «¡Cuántas veces quise congrega a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y tú no quisiste!» (Mt 23,37). Y observa lo que la misma sabiduría dice también en el Apocalipsis: «Yo estoy a la puerta –*también la del corazón*– y llamo. Si alguien oye mi voz y me abre la puerta, entraré donde está y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20).

¡Oh sabiduría eterna, Verbo inmutable y esplendor de la gloria del Padre! ¡Oh luz meridiana! en la que no hay tinieblas por la que se ve todo lo creado y en la que están esencialmente todos los tesoros de la sabiduría y de la

ciencia de Dios. ¡Qué felicidad contemplarte y qué bienaventuranza conocerte! Estar en ti es un descanso perpetuo ¡Qué gozo inefable alabarte y qué gran bien amarte de todo corazón! Servirte es vivir siempre. Ver tu belleza y gozarte eternamente es gozo pleno, júbilo permanente, suavidad inmensa, alegría perfecta, vida inmortal y saciedad consumada. ¿Quién es capaz de comprender y narrar cuánta es tu caridad para la salvación de los hombres, tu solicitud incansable, tu cuidado vigilante y tu compasión maternal?

Sin duda fue poco para ti asumir por ellos la naturaleza mortal soportar las fatigas de la humanidad, padecer hambre y sed, llorar, trabajar, peregrinar, padecer afrentas, soportar oprobios, ser afeado con salivazos, coronado de espinas; a quien se le dio de beber vinagre, se le contó entre los malhechores y por fin se le mató en el patíbulo de la cruz con una muerte afrentosa. Además, para mostrar el indecible arcano de tu amor y atraer hacia ti, por el vínculo del amor y el cúmulo de los bienes, los corazones de los mortales que vagan por los precipicios de los vicios y por las densísimas tinieblas de los delitos, a diario, mediante la inspiración de la gracia, la luz de la verdad y la voz interior –voz que nadie oye sino quien la oye en la mente y se esfuerza por recogerse en su interior–, así como también por la experiencia espiritual –esa experiencia que el profeta puede expresar con verdad cuando dice: «Oíré lo que me dice el Señor Dios, pues habla de paz a su pueblo, a sus santos y a los que se recogen en su interior» (Sal 12)–, a diario, repito, llamas a la puerta del hombre interior. No por ti, que no necesitas nada, sino por el bien de quien sin ti nada bueno puede hacer, ni ser bueno, ni tener la compañía del sumo bien, que eres tú. Por eso, para que puedas entrar cuando quieras, debe él, por la virtud de la obediencia, dejarte expedita la entrada de su habitáculo espiritual, a ti que estás llamando. Y

debe a su vez llamar a tu puerta con la oración constante y el deseo de las cosas eternas, por la meditación ininterumpida de tu presencia en su espíritu y por la dulzura de la pureza gustada en su corazón.

Esta pureza es el tesoro escondido y la margarita preciosa, encontrada con solicitud y sudor. Quien ame la sabiduría y desee la perfección debe, para poder guardarla, vender toda su hacienda, alejar los hechizos de la carne y colocarla en el habitáculo del hombre interior custodiándole con todo cuidado. Es un banquete sin término, la puerta de los gozos interiores, un huerto cerrado, sembrado de los árboles de las distintas virtudes; un espejo brillante en el que advierten las manchas de las almas, las deformidades de los vicios, los lazos de las tentaciones, las asechanzas del enemigo, el peso de los pecados, la desgracia de los crímenes y las disposiciones de cada uno.

Por esta pureza puede el hombre percibir el don del corazón, si avanza o retrocede en el camino hacia Dios, lo que puede por la gracia y cómo nada bueno puede obrar por sí mismo. Entiende, además, que los bienes divinos se le han dado gratuitamente, aprende a dar gracias a Dios por ellos, a alabar, a orar frecuentemente, elevar su mente a las cosas celestiales, conocer a su Creador y a sí mismo, gustar los misterios de las Sagradas Escrituras, sentir los arcanos de las inspiraciones espirituales, esperar las promesas de la vida futura, desear los gozos de los ciudadanos de arriba y unirse a ellos en la contemplación por el amor ardiente, el júbilo del corazón, el beso de la paz y el vínculo indisoluble de la caridad.

Nadie es capaz de explicar cuántos bienes, carismas espirituales y gozos nacen de esta pureza. Ciertamente da paz, procura seguridad, ofrece confianza ante Dios, vuelve moderada la conciencia, eleva de lo terreno, lleva a lo celestial y excita a obrar el bien, a vivir rectamente y a pensar que posee realidades útiles. No deja que uno mis-

mo vague fuera de sí, que medite cosas vanas, apetezca lo superfluo y se quede en lo inocuo. Por el contrario, tal sujeto aborrece los deseos obscenos y los ardores voluptuosos de la carne; aparta enseguida de sí las representaciones seductoras de las mujeres, que aparecen por sugerencias de los espíritus inmundos o por la petulancia de una sensualidad corrompida, y luego, cuando se presentan en el corazón, estrella tales representaciones contra las piedras (cfr. Sal 136,9) con la mano de un celo santo. Así, no permite que nada manchado o inmundo entre en el interior de su mente, ni que contamine o haga perder el brillo del pudor, la castidad del cuerpo y la pureza angelical del alma.

Pone una guardia que vigile los sentidos y una custodia que obtuve los oídos, para que no perciban los coloquios vanos, según la máxima apostólica que dice: «las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres» (1 Co 15,33). Impone una ley a los ojos para que no miren lo que no les está permitido mirar. Aparta el olfato de los atractivos de los perfumes e impone la regla de la sobriedad frente a las abundantes y apetitosas comidas, consciente de que el deseo se enciende por la saturación y crápula de la sensualidad. Evita finalmente tocar todo lo que es suave al tacto, para no caer en el abismo de los deseos carnales.

Y todo esto, no sólo tratando de huir de los delitos graves, sino también esforzándose por evitar hábilmente los leves y pequeños, que acompañan a la vida mortal, teniendo por cierto que nadie bajo el peso de los crímenes puede alcanzar la cima de la perfección. Sabe que cuando los hombres santos dejan de dar importancia a los pecados veniales, empiezan poco a poco a deslizarse hacia los más graves y se enfría en la práctica de las virtudes, volviéndose cada día más proclives a la caída. Por eso, considero bienaventurado a quien, mientras vive en el cuerpo

como peregrino del Señor, guarda fielmente su corazón con disciplina espiritual y, ordenando interiormente todos sus negocios o tratándolos exteriormente a la luz de la fe y al resplandor de la sabiduría, medita sobre la presencia de Dios en su espíritu, imitando al profeta cuando dice: «Tengo siempre al Señor ante mí. Porque está a mi diestra no vacilo. Por eso se me alegra el corazón, exulta mi lengua y mi carne descansa en la esperanza» (Sal 15,8-9). Creo que no hay nada más eficaz para conseguir la pureza interior, progresar en las virtudes y dominar las delectaciones de la carne, que como es sabido luchan contra el alma, como pensar que uno está siempre ante los ojos del juez que todo lo ve. Con ese cuidado y con esa clase de meditación se adquiere, se asegura y se posee la pureza del corazón, siempre contando con la ayuda de la misericordia divina y con la gracia del Mediador que perfecciona nuestras obras.

Tal pureza es gratificante en sí misma, hasta el punto de dejarnos satisfechos. Sin ella, languidece nuestra virtud, se enfría el afecto, se embota el entendimiento, se nubilan los ojos interiores y desaparece el vigor mental. Esto es lo que atestigua la Verdad cuando dice: «Como los sarmientos no pueden dar fruto por sí mismos si no permanecen en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí» (Jn 15,4). Esto mismo lo confirma Pablo diciendo: «No que seamos capaces de pensar algo nuestro como propio, sino que nuestra capacidad viene de Dios» (2 Co 3,5). Pida, pues, a Dios esta pureza de corazón, si alguien carece de ella. Y si alguien la tiene, cuídele como a las pupilas de sus ojos. Para mantenerla sin daño e incontaminada, trate con toda diligencia de recogerse en su interior.

Capítulo VII

Sobre la vigilancia constante de los soldados de Cristo frente a la astucia de los enemigos, y sobre la debilidad de nuestro corazón

A quienes luchan por Cristo y desean alcanzar la perfección de las virtudes, les conviene tener la constancia de la magnanimidad. Cuando hay enemigos tan peligrosos y se lucha sin respiro, hay que tener el cuidado de no dormir, la luz de la prudencia, valor para la lucha, deseo de padecer, pureza de mente y la ayuda de la gracia. El Señor muestra a Job hasta qué punto son fuertes y astutos los enemigos que nos atacan, cuando dice: «No hay poder en la tierra que se compare con él, que ha sido hecho para que no tema a nadie. Ve todo lo sublime y es el rey de todos los hijos de la soberbia» (Jb 41,25-26). Mostró su astucia en la caída de nuestros primeros padres, cuando dijo a la mujer: «¿Por qué os mandó Dios que no comierais de ningún árbol del paraíso?» Respondió la mujer: «Del fruto del árbol que está en medio del paraíso nos mandó Dios que no comiéramos, para no morir». Y añadió enseguida la serpiente: «De ningún modo moriréis, pues Dios sabe que el día que comierais de él se os abrirían vuestros ojos y seríais como dioses, sabedores del bien y del mal» (Gn 3,1-5).

¡Qué gran astucia! Prometiéndole con persuasión falaz y mentirosa el honor de la divinidad y la ciencia del bien y del mal a la necia mujer, privó a ambos del candor de la inocencia, les quitó el gozo interior, los expulsó del paraíso de delicias y, con la sentencia de muerte eterna pronunciada contra ellos, los hizo colonos de esta fatigosa peregrinación. No soportaba ese mentiroso y padre de la

mentira, ese invento de exageraciones y seducciones, que ellos ascendieran allí de donde ese miserable había miserablemente caído a causa de su soberbia. Expulsados del paraíso de delicias, sintieron que su propio cuerpo se convertía en su enemigo.

A partir de entonces, las concupiscencias de la carne comenzaron a luchar contra el alma prisionera. Desde entonces, el espíritu racional del hombre se convirtió en espíritu que acecha y en enemigo para sí mismo, a causa de la transgresión de esta desobediencia. Con la pérdida de la luz de la ciencia y del conocimiento perfecto de las criaturas, la ignorancia de Dios y de sí mismos se llenó de tinieblas. Y la criatura que aventajaba a las demás en dignidad y gracia, se convirtió en esclava de los vicios, vacía, prófuga y oprimida con el castigo de todas las enfermedades espirituales, hasta el punto de poderle aplicar espiritualmente aquel dicho profético: «La cabeza toda está enferma y todo el corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la coronilla no hay en él cosa sana: golpes, magulladuras y heridas tumescentes sin vendar, sin curar con medicina ni frotar con aceite» (Is 1,5-6).

Y para no hablar de las demás debilidades, que son innumerables, ¿qué hay más fugaz que el corazón humano? A no ser que le ayude la bondad divina, le prevenga la gracia y le robustezca la virtud, ¿qué cosa hay capaz de someterle a razón, purificarle de la suciedad de los vicios y librarle de las tentaciones de los malos pensamientos? En efecto, es el mismo Señor quien dice: «Porque del corazón salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios y blasfemias, que es todo lo que mancha al hombre» (Mt 15,19-20). El diablo se esfuerza por acercarse y hacer zozobrar este corazón humano con ilusiones malignas, representaciones inmundas, sugerencias halagüeñas y deleites voluptuosos, para lograr llevarle al consentimiento de los delitos. Así

rindió el corazón de Judas, privándole de la sublimidad del apostolado, y echó mano de sus artes para que, herido con el dardo de la avaricia, vendiera al Señor al precio más vil y, lleno del veneno de la desesperación, muriera ahorcado miserablemente.

Según esto, hay que custodiar el corazón con toda diligencia, encarcelándole con las cerraduras del temor divino y atándole con los lazos de un amor casto, para que no se derrame en holganzas y, rebosando por los sentidos de la carne, le sea del todo imposible recogerse dentro de sí. Los que desean andar según el Espíritu saben hasta qué punto es difícil conservarse sin mancha. Hay que trabajar con mucho sudor, hacerse mucha violencia y mantener una solicitud contante. Pues apenas se consigue algo, se escapa; cuando se lo agarra, huye; si se lo busca, difícilmente se encuentra. Cuando se logra atraer su atención, de inmediato se vuelve hacia otro lado, como al áspid sordo que cierra sus oídos para no oír las voces de los encantadores. Se desliza entre las distintas criaturas deleitándose en su belleza y tratando de revestirse de sus encantos. Y a no ser que le sacuda la consideración de una muerte repentina e inesperada o el temor a la gehenna infernal, se vuelve como el caballo y el mulo, que no tienen inteligencia para conocer el error de su peligrosa situación, careciendo de toda virtud. Vagando de allá para acá por lugares áridos y secos y buscando el descanso deseado y no encontrándolo, se ve obligado a volver con vergüenza al lugar de donde salió.

Imita así la figura del hijo pródigo quien, tras coger la parte de su herencia y marcharse lejos, gastándolo todo viviendo disolutamente, tras padecer hambre y desear la comida de los cerdos y no logrando saciarse, pidió a gritos, arrepentido en su corazón, el perdón de su padre y llorando se postró ante él, confesando humildemente su pecado: «Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. Ya no

soy digno de llamarme hijo tuyo. Hazme como uno de tus mercenarios» (Lc 15,21).

Nadie dude de que, siempre que el alma pecadora reconozca su delito y, arrepentida de corazón en una confesión humilde, será recibida con benignidad y abrazada con misericordia, y se la ceñirá con la estola de la esperanza y se la desposará con el anillo de la fe. Sabiendo que por su salvación ha sido sacrificado un ternero cebado, exulte sobre manera arrepintiéndose y se alegre acusándose, y con toda la devoción de que sea capaz no cese de alabar el amor que Dios le ha mostrado y no cese de darle gracias desde lo hondo de su corazón. En efecto, para merecer la gracia, conseguir indulgencia, obtener paz, aplacar la justicia de Dios y gustar en uno mismo su amor de Padre, es realmente eficaz el conocimiento exacto de los delitos propios, la aversión a todo crimen y la intención deliberada de apartarse de él para renovarse en el espíritu. Sin duda, el pecador no podrá conseguir todo esto si no le previene la misericordia de Dios y si no se apresura a recogerse en sí mismo con el consentimiento espontáneo de su libre albedrío.

Además, no basta con hacer esto una o dos veces, sino que hay que hacerlo siempre que el hombre se sienta bajo el peso de algún enorme delito. Medite dentro de sí, llore considerando su delito, menospreciándose a sí mismo para agradar a Dios y compungido de corazón, clame con el profeta y diga: «Apiádate de mí, oh Dios, según tu gran misericordia, y por tu inmensa compasión borra mi iniquidad. Lávame a fondo de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado. Pues reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí» (Sal 50,3-5). Ciertamente merecerá obtener indulgencia del Señor si ora humildemente, según lo prometió por el profeta diciendo: «Cada vez que el pecador se arrepiente, no volveré a acordarme de sus iniquidades» (Ez 18).

El gusto del perdón recibido y la dulzura de la conciencia aplacada, así como el propósito de no volver a pecar, no sólo crean el hábito de recogerse en sí por el pesar de la compunción, sino también de morar deleitablemente en sí por la ejercitación interior; lo cual es necesario para quienes deseen avanzar en el camino hacia Dios. Pues al igual que quien anda vagando por las plazas públicas fuera de la casa de su cobijo corporal, sin dejar a nadie que la guarde y dedicándose a reuniones con los amigos, fácilmente sufre un atraco de los ladrones, que tranquilamente le roban todas sus cosas, del mismo modo que sufrirá un grave daño quien se marchare fuera de la casa de su mente sin examinarse espiritualmente y se entretuviera en pensamiento vacío y obsceno.

Es lo que expresa la palabra divina cuando dice: «Vano e inescrutable es el corazón del hombre. ¿Quién lo conoce? Yo, dice el Señor, soy quien exploro los riñones y el corazón, y quien retribuyo a cada uno según sus obras» (Jr 17,9-10). Si el corazón es inescrutable, incluso para quienes todo lo juzgan espiritualmente, ¿cómo podrán explorarlo quienes, rechazando cualquier censura de las virtudes, discurren por exterioridades pensando en cosas inútiles? Al buen entendedor pocas palabras le bastan.

Por eso, quien desee llegar a la cima de la perfección por los grados de las virtudes, en todo lo que la fragilidad humana puede en este tiempo soportar, y desee recogerse deleitable y humildemente en el espíritu, debe evitar, en cuanto le sea posible, las acciones exteriores y en especial las preocupaciones y el trato del siglo; y esto, sin que cause escándalo al prójimo y sin que vaya en detrimento de la santa obediencia. Debe, además, imponer una censura que vigile la contención de los sentidos del cuerpo y de sus concupiscencias, que son las que principalmente alimentan, impulsan y trastornan la mente humana, para no abusar de manera petulante del impulso natural y no de-

jarse arrastrar por ningún afecto insaciable. Finalmente, debe imponer una ley no sólo a los pensamientos voluptuosos y nocivos, sino también a los inútiles, ligeros e irracionales. Una ley, que diga a los malos: volved, y que vuelvan; y a los buenos: venid, y que vengan.

Y si esto es muy difícil y casi imposible de conseguir espontáneamente, como el Apóstol lo confiesa de sí diciendo: «Siento otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y que me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros» (Rm 7,23), sin embargo, ha de luchar con todas sus fuerzas para que esos pensamientos no habiten mucho tiempo en él, a fin de que por su mucha demora no produzcan delectación y no empujen al consentimiento del pecado. Pues al igual que un fuego pequeño, si no se extingue, puede quemar todo un bosque de árboles, así los pensamientos negligentes, que se conciben por inspiración de los espíritus inmundos, si no se los expulsa del interior del corazón apenas se hagan presentes, conducen y arrastran al alma dormitante a una servidumbre inconsciente del pecado y la privan durante mucho tiempo de las ganancias espirituales conseguidas.

Conviene, pues, reflexionar de buen grado para saber discernir con todo cuidado y prudencia qué pensamientos se vierten en el corazón, qué intenciones se traducen en obras y qué pasiones dominan de hecho la mente en la actividad cotidiana. Quien ignore estas dimensiones y no las tome en consideración, podrá sin duda salvarse si se arrepiente por amor o hace algo bueno por hábito, pero no llegará nunca a la perfección ni logrará un recogimiento adecuado durante largo tiempo. Dios instruyó al profeta para, primero, extirpar, destruir, dispersar y derrocar; y, después, para edificar y plantar (cfr Jr 1,10).

En vano tratará de edificar y plantar árboles que den frutos de virtud y hierbas verdes que den perfumes, quien no se esfuerce por arrancar del campo de su corazón las

espinas de las semillas que brotan en el corazón ahogan la palabra y no dejan que dé el fruto debido. Quien por la virtud de la humildad y el reconocimiento de su bajeza quiera ascender progresando en el espíritu, debe vigilar con todo cuidado, concentrarse en el conocimiento de sí mismo y recogerse devotamente dentro de sí.

Capítulo VIII

Sobre la maldad de la soberbia de la mente. Sobre el esfuerzo diario de los incipientes, los proficientes y los perfectos, para obtener la humildad

Aunque hay muchos géneros de pecados, que a quienes los cometen los alejan de Dios y les hacen hijos de la gehenna perpetua, sin embargo es el vicio de la soberbia el que tiene el principado y el que ocupa el primer lugar como raíz y causa principal de todos los crímenes. Así lo atestigua la sentencia sagrada que dice: «La soberbia es el comienzo de todos los pecados» (Ecclo ?). Tuvo su comienzo en el cielo, y no por sugestión ni por impulso ajeno, sino por sí misma, sembrando ambición de poder en la mente de Lucifer. Este maligno sabía que Dios le había creado y le había adornado de dones angélicos, y de una belleza por encima de los demás espíritus. Pero deseó además la soberanía del poder y quiso ser igual que el Altísimo.

Estas son las palabras del profeta donde narra su gloria extraordinaria y singular, pone de manifiesto su soberbia y describe su castigo: «Tú, como sello de una imagen, lleno de sabiduría y acabado de belleza, estuviste en el

paraíso de delicias de Dios. Todo tipo de piedras preciosas eran tu manto. Sardónica, topacio, jaspe, crisólito, alabastro, berilo, zafiro, carbunclo, esmeralda y oro son la obra de tu esplendor. A ti, querubín gigante y protector, te puse en el monte santo de Dios, en medio de piedras de fuego. Caminaste perfecto en tus caminos desde el día de tu creación, hasta que se halló la iniquidad en ti. Te eché del monte santo de Dios y te expulsé, querubín protector, de entre las piedras de fuego. Tu corazón se envaneció con tu esplendor. Perdiste tu sabiduría por culpa del esplendor. Sacaré fuego de tu interior que te consuma y te esparciré como ceniza sobre la tierra ante los ojos de todos los que te miran» (Ez 28,11-18).

En la medida en que debiera haberse humillado más que ninguna otra criatura, por los muchos beneficios que Dios le concedió gratuitamente, pagando a su Creador y benefactor con gracias sin número, en esa misma medida se marchó de allí dando la espalda al Autor de las cosas y, ambicionando el poder, quiso tener su mismo honor, subyugar a los demás espíritus y ser venerado igual que Dios. Hinchado así de soberbia, habló de este modo, según nos lo muestra el profeta: «Subiré al cielo y alcanzaré mi trono por encima de los astros del cielo. Me sentaré en el monte del testamento, en el extremo del aquilón. Subiré sobre las alturas de las nubes y seré igual al Altísimo» (Is 14,13-14). Pero enseguida el mismo profeta añade el debido castigo a esta gran temeridad, diciendo: «Todo lo contrario. Serás precipitado a lo profundo del lago. Los que te vean se inclinarán hacia ti para mirarte. ¿Es éste quien hizo estremecerse la tierra, quien hizo temblar los reinos, quien devastó el orbe y destruyó sus ciudades? Pero tú has sido arrojado fuera de tu sepulcro como brote inútil y pus contaminado» (Is 14,15-17.19).

Al levantarse con soberbia no sólo contra Dios sino también contra sí mismo, el diablo cayó desde su puesto

con deshonor y la mayor de las derrotas, convirtiéndose en hijo de condenación eterna, leña de la gehenna, instigador del crimen, asechanza contra los hombres, principio de apostasía y cabeza y causa de los espíritus apóstatas. Lo que había concebido malignamente, logró inocularlo en los demás. Los que se adhirieron a él, consintiendo al momento, perecieron igualmente con él. Tal fue el castigo debido a la soberbia presunción de los espíritus inmundos.

De este modo la justicia divina tuvo que expulsar de su clemencia y de su gloria a los ingratos desconocedores de su propia condición a fin de que, por el castigo impuesto y por su caída irreparable, se convirtieron para todos en ejemplo de que no hay que ensoberbecerse, ni elevarse sobre sí mismos a cosas grandes y admirables, ni embriagarse con la apetencia de ser el principal; pues al ser tales cosas gérmenes de soberbia, no pueden quedar impunes. Así lo atestigua el apóstol Pedro: «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, echados al tártaro entre el crujir del infierno, los entregó para que fueran atormentados, guardándolos hasta el juicio» (2 P 2,4).

Aprendan, pues, quienes tienen casas de barro y habitan un cuerpo corruptible y mortal, aleccionados por la ruina de los espíritus inmundos, a no gustar de las cosas altas, ni ambicionar dignidades, ni perseguir honores, ni desear ser los primeros, sino más bien quedar por debajo y servir a los demás en vez de que los de abajo les sirvan a ellos. Ya que, desde una posición mediana o ínfima, es muy difícil evitar las obras de la soberbia y luchar mediante la virtud de la humildad contra los pensamientos y los estímulos ambiciosos, creo que es muy imprudente que alguien quiera además exponerse a apostatar del Señor al cargar con el peso de los demás con desprecio de uno mismo, optando a puestos de la misión pastoral y mendigando con ruegos cargos seculares y fama popular.

Ya la Verdad encarnada detectó este deseo de preeminencia y, enseñando la humildad, dijo: «Cuando te inviten a una boda, siéntate en el último puesto, para que quien te invitó te diga: 'Amigo, sube más arriba'. Y esto será un honor para ti ante los que se sienten contigo» (Lc 14,10). Y en otro lugar: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). El Maestro humilde enseñó la humildad en palabras y obras, actitudes, milagros y respuestas, afrentas, injurias y oprobios, golpes y azotes, pasión, cruz y muerte. En todo, en todas partes y en todo tiempo, dio ejemplo de humildad para que todos supieran lo que agrada a Dios esta virtud, lo útil y necesaria que es para los hombres que se quieren salvar y para quienes desean progresar en el ejercicio espiritual.

La humildad conviene en todo por igual a los incipientes, a los progredientes y a los perfectos*. Sin ella corren en vano o trabajan en el vacío. Sin embargo, para adquirir, ejercitar y conservar esta virtud, unos son los pensamientos y obras de los incipientes, otras las luchas de los progredientes y otros los esfuerzos espirituales de los perfectos. Pero aunque estos grados de ascensión repercuten de manera distinta en el corazón, todos luchan bajo la misma dirección de la humildad, necesitan de la misma gracia del cielo y gozan del mismo premio de la felicidad eterna.

Para adquirir esta virtud de la humildad, de la que estamos hablando, conviene que en los nuevos y rudos discípulos de Cristo haya desprecio por el mundo y sus usos, un porte no cuidado, un amor por lo más bajo, un modo de hablar inculto, un ardor en la refutación, reverencia al

* Creo conveniente conservar en la traducción la terminología del autor (*incipientes, proficientes o perficientes y perfecti*) por responder a la tradición cristiana más primitiva del mismo catecumenado y por tener aquí una significación peculiar intencionada, propia de todos los maestros de la ascética espiritual (*ndt.*).

padre espiritual y sobre todo deseo ardiente de obedecer. Nada hay más contrario a la humildad que creer en sí mismo, contradecir de palabra e intención al superior, aplaudir a la propia voluntad y querer llevarla a cabo por la acción. Tal voluntad es la que alimenta la soberbia, hace al hombre apetecer lo alto y oscurece la discusión de la mente para no desear la luz de la verdad; perturbando los inicios de la compunción del que desea progresar, los arruina y rechaza para que no avance en la humildad.

Por el contrario, los que obran según el Espíritu de Dios, se fortalecen con la gracia y se inflaman con el deseo de conseguir la virtud, caminan con sencillez, se exponen a las fatigas, afrentas y golpes, sin permitirse ningún descanso ni buscar ninguna consolación; pensando que su mayor ganancia está en llevar la cruz, mortificar la carne, luchar contra los deseos ilícitos, ahuyentar los brotes de la concupiscencia y negarse a sí mismos en lo que son para, una vez reformados, comenzar avanzando hacia lo que todavía no son.

Pero conviene que sigan en este conflicto espiritual, oneroso y cotidiano hasta que iluminados por el resplandor de la luz divina, perciban el gusto de la virtud y se incendien en el deseo de avanzar siguiendo las huellas de los que van delante; los cuales, se dejan llevar por el Espíritu y la razón recogiendo dentro de sí con todo empeño mediante el ejercicio de las virtudes. Tales son los esfuerzos de los incipientes y sus obras laudables, que engendran la virtud de humildad y excitan luego la mente al conocimiento de sí mismos. Este conocimiento de la santa humildad es el mejor y más firme fundamento, como, si Dios quiere, lo demostraremos más adelante.

En cuanto a esta virtud de la humildad de que tratamos ahora, para que los progredientes puedan conseguirla, mantenerla y progresar en ella, han de luchar con todas sus fuerzas por recogerse dentro de sí hasta que, por

la meditación constante, sean capaces de discernir y conocer los movimientos del corazón, los arcanos de la mente, las cualidades de los pensamientos, los afectos de los deseos, los impulsos de las inspiraciones, la recta intención en el obrar y la prudencia ponderada en el decir. No podrán conocer su propia debilidad ni avanzar mucho en la perfección de la humildad, si no se esfuerzan por saber y llevar a la práctica lo que hemos recordado arriba. Pues al igual que si los médicos del cuerpo ignoraran el tipo y las causas de las enfermedades de sus pacientes no podrían en absoluto sanarlos, del mismo modo, quienes ignoran el comienzo y los ímpetus de las pasiones —pasiones que, según la ley del pecado que domina en la carne, atormentan la mente por enfermedad innata o por el hábito constante de delinquir— no son capaces de ofrecer a los que luchan en su espíritu los medicamentos de las virtudes.

Mira lo que dice el sabio cuando exhorta al soldado de Cristo al conocimiento de su mente y a la indagación infatigable de las pasiones internas: «Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón, pues de él proceden la muerte y la vida» (Pr 4,23). Nadie de ánimo indolente y que estime en poco recogerse dentro de sí, será capaz de escalar las cimas más sublimes de las virtudes. Esto es propio de los ánimos viriles que desdeñan volver la espalda al enemigo, que no tienen miedo a luchar, que saben cómo hay que hacerlo y que son conscientes de que nadie fuera del que lucha puede legítimamente ser coronado con la consecución de las virtudes. Virtudes que se originan, se desarrollan y se consuman en el corazón; siempre bajo la mirada y la ayuda del único que escruta y corona las intenciones de los corazones.

Dios, como sutil explorador, mira dentro de los corazones de cada uno de sus siervos y ve con afecto paterno el deseo que guía a cada uno, la deliberación que le mue-

ve para agradarle a él y el esfuerzo en que se empeña para crecer en el espíritu, para perseverar en el estadio, para hacerse más humilde, para avanzar en las demás virtudes, más expedito en su resistencia a los vicios y más preparado para recibir carismas mejores.

Y no es de admirarse, pues esta clemencia divina está más dispuesta a distribuir sus dones espirituales a los hombres, que lo que éstos mismos están preparados para recibir. Los atrae con dones, los conduce con promesas, los guarda con amor, los fortalece con el ministerio de los ángeles, los enseña con palabras santas y los alegra con su presencia morando con ellos, como lo muestra él mismo cuando dice: «Si alguien me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos mansión en él» (Jn 14,23). Considerando esto como el mayor don y corriendo hacia la conquista de la perfecta humildad, meditan en su presencia en cada uno, instruidos además por el oráculo profético que, indicando cuán provechoso había sido esto para el profeta, dice: «Tengo al Señor siempre ante mí, porque él está a mi derecha para que no vacile. Por eso se ha alegrado mi corazón, ha exultado mi lengua y hasta mi carne reposa en la esperanza» (Sal 15,8-9).

Sin duda los incipientes confían en aprender la humildad partiendo de las acciones exteriores en las que se afanan. Los progredientes, por su parte, considerando su debilidad de cara a la perfección de las virtudes y al rechazo constante de los vicios y, no siendo capaces de ocultarse a sí mismos su bajeza, se postran humildes ante Dios, se acusan de sus males acciones y confiesan que son hijos de la gehenna cuando creen que Dios les ha retirado su piedad. Al condenarse a sí mismos con esta confesión de humildad, en absoluto son juzgados, sino que al descender a esta consideración de sus miserias, están ascendiendo y crecen más en su humildad que en la bajeza que

ellos reconocen. Cuando creen que están fallando, están en realidad progresando sin contagio de soberbia.

En cuanto a los perfectos, cuyo número hoy es exiguuo, que ya están de corazón muertos al mundo y para quienes el mundo está crucificado, aunque hagan cosas grandes y emprendan otras arduas y se atrevan hasta con las ásperas, aunque vivan en inocencia y sean muy virtuosos y resplandezcan en milagros, aunque desprecien lo terreno y con deseo anhelante amen lo celestial, sin embargo, iluminados por la luz de la verdad, proclaman que por sí mismos que no son nada y confiesen con sincera humildad que son lo que son, si es que son algo, por la bondad gratuita de Dios. Saben que son instrumentos elegidos por la gracia del Creador de todas las cosas, pero que, si el Señor no los moviera como a los demás, seguirían estando vacíos en su interior, recordando lo que dice el Señor: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Y dándole vueltas con ánimo redoblado a aquel dicho tan digno del apóstol Pablo: «No que seamos capaces de pensar algo nuestro como propio, sino que nuestra capacidad viene de Dios» (2 Co 3,5). Y a este otro: «Quien piensa que es algo, como no es nada, se engaña a sí mismo» (Ga 6,3).

Y es que, como verdaderamente humildes, no quieren alabarse. Y no sólo porque en todo lo que laudablemente hacen, no buscan su gloria sino la de Dios y dan gracias a Dios que se digna obrar en ellos y por ellos, según lo atestigua su conciencia, sino también porque, considerando asiduamente los hechos y costumbres de los santos pasados que ahora reinan con Cristo, teniéndose por muy despreciables en su comparación y mostrándose de corazón como siervos inútiles, no se atreven en su humilde confusión a levantar los ojos al cielo. Ganar a todos para Cristo. Esta es la perspectiva desde la que enfocan todas sus acciones: su caridad encendida para con Dios y su amor sincero al prójimo, su humildad en la prosperidad y

paciencia en lo adverso, su constancia en el orar, magnanimidad en la tarea y pobreza en la abundancia, su prudencia en el obrar y sabiduría en el consejo, la paz ante las injurias padecidas y la constancia en las tentaciones, perseverantes en el bien obrar y estando siempre prontos para toda acción recomendable.

Considerando mediante este tipo de meditaciones quiénes son ellos mismos, van avanzando no poco en la humildad e incluso mucho al fijar la mirada penetrante del hombre interior en el espejo inmaculado de la vida de Cristo. Ante esa contemplación del espejo de Cristo, cualquier actitud se muestra reprensible; la perfección de los santos, imperfecta; la virtud, débil; la gracia, exigua; la luz, indigna y la vida, culpable. Así, aquellos a quienes se les conoce como perfectos, se tienen a sí mismo como los peores, y tanto más alejados de la perfección de la humildad y de las demás virtudes, cuanto más frecuentemente, desde sus acciones e inclinaciones, meditan dentro de sí en la forma de vivir con los hombres del mismo Mediador de Dios y los hombres, el hombre Jesucristo.

Una forma de vivir que, por su excelencia singular, por su ejemplaridad, perfección y gracia, llena a los que la contemplan de admiración, inunda de júbilo, alegra con la esperanza, fortalece en la fe, enciende en el amor, instruye en las costumbres, prepara para la acción embelece con la prudencia y, mediante el conocimiento exacto de la propia debilidad y mostrando la excelsitud de la santa humildad, conduce a la victoria. Tal tipo de consideración hace que se desprecien a sí mismos, que se avergüencen de haber creído que eran alguien y que afirmen, una vez rechazada toda hinchazón de soberbia, que nada es digno de estima. Se hacen, además, más capaces para conquistar la perfección de la humildad, más perspicaces en el conocimiento de la propia imperfección y más dispuestos para todo, sabiendo sin duda que la virtud de la

humildad jamás podrá ser perfecta sin el ejercicio de la paciencia.

Capítulo IX

Sobre el daño que cause el ocio y la falta de ejercicio corporal y espiritual

No se conoce nada que debilite tanto la fuerza de unos luchadores viriles y que conlleve tanta flojera corporal, como una quietud prolongada y no esperar ningún ataque del enemigo. Pues con esto se embota el ánimo, se enfría la audacia, se olvida el arte marcial, se pierde la capacidad de aguante, se debilitan las fuerzas del cuerpo y se marchita la destreza de los miembros. Como el agua que no corre y se queda estancada en los trampalas se corrompe y deja de ser apta para el uso humano, llenándose de animales venenosos y dañinos, así también el cuerpo, corrompido por el contagio de ocio, produce y alimenta el frenesí de las concupiscencias y los deseos carnales. Así lo confirma la razón, lo atestigua la experiencia cotidiana y lo ponen de manifiesto las antiguas gestas e historias de los romanos.

Estos se mantuvieron incólumes luchando virilmente y merecieron ser los vencedores de todos los pueblos, mientras tuvieron adversarios con los que luchar y que les provocaban a la guerra. Pero cuando desaparecieron los que le provocaban a la lucha y con igual ardor se les oponían en la pelea, se levantaron como fieras salvajes y animales venenosos promoviendo de tiempo en tiempo guerras civiles que los debilitaban, en las que dejando de

lado toda piedad natural y transgrediendo toda ley de amistad, se hicieron culpables por derramar su propia sangre. Las guerras intestinas surgieron, pues, a causa del ocio y por la falta de entrenamiento para la lucha. Esto hizo que se debilitara su pacacidad de dominar, que los tiranos impusieran su propio dominio repartiéndose el poder entre ellos, que se sublevaran las ciudades, que se separaran muchas provincias y que los ciudadanos romanos sufrieran calamidades innumerables.

Pero para corroborar lo dicho, hay que referirse en interés de todos a las gestas de los hebreos, que están avaladas por la autoridad de la palabra divina. Liberados los hebreos de la servidumbre de Egipto y habiendo pasado el Mar Rojo a pie seco para poseer como herencia perpetua la tierra de promisión, prometida a los padres y ocupada por pueblos pecadores, para que no se apoltronaran en la ociosidad, ni perecieran por sus malas costumbres ni cayeran a espada, dispuso Dios que los pueblos extranjeros, con los que se ejercitaban en la pelea, no quedaran exterminados del todo consumiéndose desde su raíz. Para expulsar la pereza del cuerpo, conservar el arte marcial y alimentar la audacia de reducir a los enemigos a esclavitud, como también para simbolizar por estos combates corporales las guerras y luchas visibles, que de manera invisible y espiritual había de llevar a cabo el pueblo de Dios —pueblo que surgiría como creyente de entre las gentes y se congregaría en la Iglesia— no sólo contra las potestades aéreas y las potencias del siglo, sino también contra los vicios y las concupiscencia de la carne, con ese fin es con el que se describe que los pueblos cananeos, amorreos y demás gentes totalmente extrañas al culto de Dios, convivían en medio del pueblo de Israel.

Así lo confirma el Apóstol cuando dice: «No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar y todos fue-

ron bautizados en la nube y el mar» (1 Co 10,1-2). Y poco después: «Todo esto les acontecía en figura y se escribió para nuestra corrección, para quienes ha llegado el fin de los siglos» (1 Co 10,11). Por eso, al igual que lo que sucedió a ese pueblo, sucedió en verdad y en figura, así sucede en nosotros todos los días mediante la dispensación de la sabiduría divina, que abiertamente o en figura se digna revelar los enigmas que están por venir y que pueden instruir a los oyentes.

Así, para instruir ejercitar a su pueblo, que redimió con su sangre derramada, quiso como ya hemos dicho injertar en las gentes de Israel un pueblo ajeno a la fe, a fin de que aprendieran a humillarse y, puestos en medio de la necesidad, a pedir el auxilio del cielo y luchar resistiendo a sus enemigos. Pues, en los libros divinos «todo lo que se ha escrito, para nuestra doctrina se ha escrito; para que por la paciencia y consolación de las Escrituras, tengamos esperanza» (Rm 15,4). Aquel pueblo carnal soportaba enemigos visibles y carnales, y se esforzaba en luchar por hechos visibles; en cambio nosotros, para quienes Cristo, el Señor, está como Espíritu ante nosotros, tenemos que luchar espiritualmente, y contra enemigos espirituales, por las cosas visibles y eternas. Así nos lo advierte el Apóstol cuando dice: «Nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los rectores de las tinieblas de este mundo y contra los espíritus del mal en los cielos» (Ef 6,12). Y en otro lugar, recordando las armas con las que tenemos que pertrecharnos contra los enemigos citados, dice: «Las armas de nuestro combate no son carnales, sino poderes espirituales concedidos por Dios (2 Co 10,4).

Por eso, al igual que nuestros impugnadores invisibles son visiblemente más fuertes, más nocivos, más sagaces y más dispuestos a subyugarnos, del mismo modo, conviene para resistirlos que estemos más alerta que los que lu-

chan corporalmente, que tengamos más ánimo y más confianza en obtener la victoria; no por nosotros, sino por aquel de quien el profeta dice: «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿qué temeré? El Señor es el defensor de mi vida, ¿qué me hará temblar? Aunque acampe contra mí un ejército, mi corazón no temerá; aunque se provoque una guerra contra mí, en medio de ella seguiré teniendo esperanza» (Sal 26,1.3). Y lo mismo que la pérdida de los premios espirituales y divinos y el daño causado, es mayor que si se tratara de cualquier cosa temporal y visible, así para rechazar a los adversarios conviene que vayamos pertrechados de armas espirituales; es decir, de las virtudes: cubiertos con el casco de la fe, resguardados con la loriga de la prudencia, adornadas con la humildad, encendidos en el amor de padecer y fortalecidos con el deseo de progresar.

Pero como esta lucha es muy larga y el combate muy fatigoso, hay que apartar de esta contienda a los pusilánimes, puntillosos, fanfarrones, perezosos, gustadores del siglo, seguidores de los deleites y poseedores de comodidades terrenales. De los restos del enemigo, a quienes se les ha permitido convivir con nosotros para nuestra instrucción y para provocarnos al conflicto, y que salvo ocasiones no nos permiten estar seguros, unos están ante nosotros, otros junto a nosotros, otros unidos inseparablemente a nosotros y hasta otros incansablemente dentro de nosotros.

Ante nosotros está, desde luego, este mundo, lleno de trampas visibles e invisibles, como lo muestra el apóstol Juan cuando dice: «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos o soberbia de la vida» (1 Jn 2,16). Junto a nosotros está el trato cotidiano con los que nos rodean que, si en muchas ocasiones es agradable y provechoso, en otras por el contrario es oneroso y condenable, dándose con frecuencia

difamaciones de los ausentes, escándalo de los presentes, altercados y otros muchos modos de pecar que conocen bien los que temen a Dios. A su vez, con nosotros va inseparablemente unido, mientras vivimos, el fardo corruptible y fatigoso del cuerpo mortal, que es una carga para el alma y que oprime al entendimiento que piensa en profundidad. La experiencia diaria y común enseña que este cuerpo está lleno de enfermedades, dolores, necesidades y pesadumbres, y que por él se fatiga el alma. Es superfluo hablar de esta experiencia, ya que es pública y conocida de todos.

Y, finalmente, dentro de nosotros está el germen del pecado original y la ley del pecado que está en la carne y por la carne lucha contra el espíritu. De esa ley del pecado dijo el Apóstol: «Siento otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y que me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros» (Rm 7,23). Hasta qué punto esta ley punza continuamente al espíritu con los aguijones de las concupiscencias, tienta con los hechizos de los deleites carnales y alimenta los movimientos de los deseos desordenados, lo saben muy bien quienes se recogen dentro de sí y se dedican a la custodia de su corazón; los que andan en el espíritu y se esfuerzan por alcanzar la perfección de las virtudes; y los que junto con los vicios y las concupiscencias crucificaron su propia carne. Igualmente saben lo necesarias que son en este conflicto la virtud de la paciencia y la perseverancia en la lucha.

Pero el soldado de Cristo e imitador de su Redentor, no debe en absoluto tener miedo ni apartarse con rubor de la batalla. En efecto, el ejemplo instructor de nuestro Señor Jesucristo excita a la paciencia. Desde el momento de su concepción hasta que crucificado en la cruz entregó el espíritu al Padre, no dejó nunca de padecer. Y no como los demás, sino incomparablemente por encima de

todos. Sin embargo, fue mucho más en su alma que en su cuerpo donde soportó los dolores máximos los tormentos reales y las espadas espirituales: persecuciones por parte de los hombres, de sus conciudadanos, de los extranjeros, de los pertenecientes a su raza según la carne y de sus correligionarios. Y no mostró ningún signo de impaciencia frente a ellos, ni un grito, ni una palabra de contradicción, sino que «como cordero ante el esquilador enmudeció y no abrió su boca» (Is 53,7).

Y para que nadie ponga excusas a su propia impaciencia diciendo que si el Señor Jesús soportó mucho más pacientemente que los demás hombres unos suplicios tan crueles, fue porque era Dios y hombre, peregrino en la tierra abarcador del orbe y así podía por su potestad divina entregar el alma y volverla a tomar cuando quisiera, aumentar los tormentos y mitigarlos, padecer cuanto y todo el tiempo que quisiera; para que nadie diga esto, que repase para su vergüenza y la confusión de su impaciencia las gestas de los santos pasados y sobre todo de los gloriosos mártires.

Estos, como soldados invictos y muy probados del rey Jesucristo y testigos fieles de la religión cristiana, no por coacción ni por ruegos o seducidos por premios, sino al contrario rechazándoles, soportaron toda clase de tormentos en sus cuerpos, con voluntad libre, espontáneamente, sólo por amor, con el ardor de su fe, el impulso de su magnanimidad y el entusiasmo de su convicción. Y esto, hasta el punto de insultar constantemente a reyes, jueces y tiranos, y exhortar a esos torturadores a atormentarlos. Lo cual parecía increíble a los infieles, pero admirable y digno de veneración a los pertenecientes a Cristo y seguidores de los mandatos de Dios. Sobre todo cuando en este combate había vencedores de toda condición; a saber: ricos y pobres, fuertes y débiles, sabios e ignorantes, viejos y niños, esclavos y libres, varones y mujeres, casados y solteros.

Todos estos lucharon con desnudo contra sí mismos, por encima de la naturaleza y contra lo acostumbrado, contra persuasiones, lágrimas, afectos de sus allegados y amenazas de los poderosos, según lo escribió el Apóstol: «Por la paciencia y la fe conquistaron reinos, ejercieron la justicia y alcanzaron las promesas. Cerraron la boca de los leones, extinguieron la fuerza del fuego, esquivaron la punta de la espada, convalecieron de sus enfermedades, se endurecieron en la guerra, rechazaron ejércitos extranjeros... Unos fueron torturados y no pidieron la libertad, para encontrar una resurrección mejor. Otros experimentaron burlas y golpes e incluso cadenas y cárceles. Fueron lapidados, aserrados, muertos a espada. Anduvieron errantes cubiertos con pieles de ovejas y cabras. Angustiadados, afligidos, de quienes no era digno el mundo. Vagando por parajes solitarios, montes, cuevas y cavernas de la tierra» (Hb 11,33-38).

Unos ejemplos tan numerosos y conocidos, serían capaces de mover congruentemente con entusiasmo y gozo los ánimos de los fieles para soportar toda clase de cargas, si no se encontraran amordazados por los vínculos de la tibieza y la incredulidad, embriagados por los falaces encantos de esta vida presente y oprimidos por el yugo de una servil esclavitud. Ignorando los bienes futuros y ajenos completamente el gusto de las promesas celestes, a veces se distraen por lo exterior en breves y confusas sensaciones, unas veces en pensamientos y otras en afectos, buscando saciedad, paz, seguridad, diversión y tiempo disponible; cosas que sin duda no son capaces de encontrar. Pues en esta vida de peregrinación, de la que surgió el pecado, la tierra comenzó a echar espinas y abrojos como castigo por el delito de los primeros padres, y el hombre comenzó a buscar el alimento corporal con el sudor de su frente; un bien que en unos sitios basta y en otros abunda y se distribuye.

Aquí, los premios eternos que se prometen a los elegidos, se hacen visibles por la fe, se alcanzan con la esperanza y se gustan ligera y suavemente con el beso de la caridad. Aquí, digo, mientras el hombre se cubre con una vestimenta corruptible, es conveniente padecer hambre, sed, enfermedades, persecuciones, tentaciones y calamidades diferentes; cosas todas que, no a la vez sino alternándose vicisitudes y casos, impone la providencia divina para ejercitar la virtud y descubrir la herrumbre de los vicios. Si esas cosas se dieran todas a la vez, sin duda ocultarían la imbecilidad humana; pero por intervalos temporales, pueden ser soportables y llevarse con buen ánimo. Esto es lo que quería indicar el Apóstol, cuando decía: «Fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados por encima de lo que podéis. Al contrario, con la tentación hará de modo que lo podáis soportar con éxito» (1 Co 10,13).

Como padre misericordioso, nos instruye con el azote y el látigo para enmendarnos, espabilarnos, ejercitarnos, custodiaremos, contenernos ante el mal y nutrirnos en el bien. Conoce las heridas de nuestro corazón, la petulancia de la carne, la inclinación al pecado, la inconstancia en el bien obrar y nuestra disposición constante para seguir las delicias del siglo. Por eso, nos frena como a animales indómitos con las bridas de la tribulación, nos machaca con cargas, nos asusta con amenazas y sostiene con promesas, para que, abriendo nuestros ojos interiores y con la infusión de la luz de la fe, comprendamos nuestros crímenes, nuestra debilidad y las fatigas del destierro actual; para que nos volvamos al Padre y soportemos todas las adversidades con paciencia, humildad, alegría y perseverancia; sabiendo y confesando de corazón que, en comparación con los crímenes que hemos cometido, todo lo que por la intervención de la justicia de Dios padezcamos, es poco, aunque lo consideremos intolerable. Y es poco, tanto en relación con la equidad divina, que impo-

ne merecidos castigos según la gravedad de los crímenes, como también desde la consideración de la retribución eterna, que Dios con su bondad se dignó prometer a los que soporten con paciencia las adversidades.

Y así dice: «Vosotros que lo dejasteis todo y me seguisteis (*incluso en las tribulaciones, soportando persecución por la justicia*) recibiréis el ciento por uno y poseeréis la vida eterna» (Mt 19,28.29). Y también: «Bienaventurados seréis cuando os maldigan los hombres y os persigan y digan todo mal mintiendo contra vosotros por mí. Alegraos y exultad porque vuestra recompensa es grande en los cielos» (Mt 5,11-12). También el apóstol Pablo, pregonero de la verdad y trompeta sonora de la religión cristiana, exhortando a los fieles a soportar con ecuanimidad los males de la vida presente, clama diciendo: «Los padecimientos de este tiempo no tienen comparación con la gloria futura que se revelará en nosotros» (Rm 8,18). Y en otro lugar dice: «Ninguna disciplina es de momento agradable sino penosa; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella» (Hb 12,11).

Lo que padecemos es temporal; lo que esperemos, eterno. Lo que soportamos, desaparece al momento y pasa; pero lo que se nos promete, lo disfrutaremos eternamente sin ningún tipo de temor. Nuestro fiador, Dios no puede fallar, porque es la verdad. Ni se retracta o niega lo que por su liberalidad prometió, porque es caridad y justicia inmutables. El mismo dice: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Lc 21,33). Alégrese, pues, el cristiano y se goce en el Señor quien profesa la religión católica, cuando es probado con el fuego de la tribulación. Y recuerde lo que escribió el apóstol Santiago al dictado del Espíritu Santo: «Pensad que es un gran gozo, hermanos míos, cuando se os somete a diversas tentaciones, sabiendo que la prueba ejercita la paciencia de vuestra fe y que la paciencia, por su parte, produce la

obra perfecta, para que seáis perfectos e íntegros y no falléis en nada». Y poco después dice: «Bienaventurado el hombre que soporta la tentación. Pues al ser probado recibe la corona de la vida que prometió Dios a los que le aman» (St 1,2-4.12).

Puesto que la corona de la vida se promete a los que se esfuerzan en la tentación y tribulación y a los que aman a Dios, hace falta que cualquier fiel y luchador por Cristo soporte con ánimo alegre las adversidades que le sobrevinieran, ya sean permitidas por Dios ya causadas por el prójimo, producidas por espíritus malignos, por la carne o que tengan su origen en la debilidad del espíritu; esperando conseguir en la regeneración futura una remuneración abundante tras el triunfo, junto con los ángeles y todos los santos. Pero no presuma de poder conseguir esto con sus fuerzas, sino que insiste con petición constante, gemidos sinceros, lágrimas cotidianas y obras buenas. Jamás podrá ser rechazado si, perseverando en la oración con fe íntegra y dejando de lado todos los afanes seculares, se entregara totalmente en cuerpo y alma en obsequio divino.

Capítulo X

Sobre la renuncia deliberada al siglo y el comienzo del camino de los consejos. Donde se indica a los fieles de Cristo la forma de la verdadera peregrinación

Quien vaya a emprender una obra ardua y no esté seguro de si está capacitado para llevarla a cabo, deberá pedir consejo a otros. Pues es muy peligroso y causa grave

daño y confusión comenzar una obra sin hacer cálculos y dejarle al final sin terminar. La misma sabiduría de Dios nos dejó un testimonio de este tipo, según consta en el texto evangélico: «¿Quién, si quiere edificar una torre, no se sienta antes a calcular los gastos necesarios para ver si tiene para acabarla? No sea que después de echar los cimientos no pueda terminarla y comiencen todos a burlarse de él diciendo: este hombre comenzó a edificar y no pudo terminar» (Lc 14,28-30).

Esta torre que hay que edificar espiritualmente es el desprecio del siglo, desprecio que uno asume por Cristo con la mente y el corazón e igualmente la entrega a las virtudes. Pero dejar todo lo terreno, pasar hambre y penurias, dejar riquezas y delicias llevando la cruz todo el tiempo de su vida, luchar constantemente contra sí mismo para conseguir la perfección de las virtudes y disponerse a seguir no sólo los mandamientos sino también las exhortaciones de los consejos de Cristo, es una empresa muy ardua y que no se puede empezar sin una madura deliberación. Y una vez empezada, no dejarla por ninguna razón ni persuadido por nadie, salvo tan sólo por una necesidad muy manifiesta, de acuerdo con la sentencia del Verbo encarnado que dice: «Nadie que ponga la mano en el arado y mire hacia atrás, es apto para el reino de Dios» (Lc 9,62).

Según esta terrible y magnífica sentencia, hay muchos que, vencidos por el tedio, superados por la inconstancia o decepcionados a causa de una confianza engañosa, abandonan totalmente la milicia de Cristo que comenzaron y, rechazando el yugo de la suave sabiduría, miran hacia atrás como los perros inmundos que vuelven al vómito. Hay también muchos, no menos numerosos que los primeros, que conservando las costumbres anteriores de la religión y dominados por su amor desordenado, menospreciando el rigor de las virtudes y perdido el fervor

del espíritu que Dios les había concedido, comenzarán a marchar de manera más relajada. Creen que para obtener la vida eterna les basta con la sola observación de los preceptos, según la promesa del Señor que dice: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (Mt 19,17).

Estos, en efecto, ineptos de mente, ciegos de corazón y faltos de devoción, no quieren considerar los dones de gracia que perdieron y la imprudencia con que redujeron a la nada las primicias del espíritu, resignándose a un ocio débil y a una lucha cortísima; no entendiendo en absoluto que los que marchan con negligencia en el camino de Dios, tienen que soportar tentaciones más graves y peligrosas que los que luchan con fervor resistiendo a los enemigos del espíritu.

La experiencia enseña que a nadie le gusta luchar con un soldado valiente. Y esto ocurre especialmente a los espíritus malignos, que conocen muy bien lo frecuente que es la victoria de quienes luchan virilmente y las joyas preciosas con que está adornada su corona. Les da mucha vergüenza cuando estos mismos espíritus malignos son derrotados por una carne dirigida por el espíritu. Y se consumen de envidia, no permitiendo en absoluto, en cuanto de ellos depende, que llegue a ser perfecto el que avanza todos los días por los grados de las virtudes. Por eso, muchas veces interrumpen la lucha para evitar que haya victorias y para que así se embote la destreza de los luchadores.

Pero los soldados que se entregan, aunque no estén luchando en acto, están siempre por hábito y deseo preparados para la lucha. Aunque los espíritus inmundos no acudan a la palestra, no por eso faltan los aguijones de las concupiscencias, ante los cuales mantienen desenvainada la espada del espíritu y alerta y vigilante la atención de la mente, para estrellar contra las piedras a las criaturas en el momento mismo de nacer (cfr. Sal 136,9). Finalmente,